ENRIQUE.

¡A ver, qué!

(Impacientándose.)

LUISA.

Que Antoñita ya tiene novio.

ENRIQUE.

Vaya, me alegro mucho.

LUISA.

Sí, pero es que yo no le tengo todavía.

ENRIQUE.

(¡Qué va á ser de mí, Dios eterno, con esta chica al lado?)

LUISA.

Capitán de artillería nada menos.

ENRIQUE.

¿Qué capitán es ése?

LUISA.

El novio de la otra.

ENRIQUE.

¡Ah, ya!..... (Dudando estoy.)

Ya hacia el foro limpiándose la frente con un pañuelo. Luisa se acerca al bufé y examina los licores que hay sobre él.

LUISA.

¿Qué tendrá aquí papá? *¡La dama de las camelias!*

¡Qué Cuaco!

Saliendo de alegría.

ENRIQUE.

¡Santa Bárbara! *¡La dama de las camelias!* (Acercándose á su hija, le quita el libro de la mano y le repasa del todo.) Déjalo.

LUISA.

¡Pero qué! Pues yo quiero leerla. Antoñita me ha contado el argumento; y.....

LUISA.

De terciopelo.

ENRIQUE.

Sí; lo que tú quieras.

Hace otra vez ademán de salir á asear.

LUISA.

¡Ah, oye! (Deteniéndole.) Me has de llevar á los teatros.

ENRIQUE.

Te llevaré.

LUISA.

A los Bufos. Antoñita ha visto allí bailar el cancán. Y dice que es un baile tan....., ¡tan divertido! Y que se recogen la falda..... (Recogiéndose la suya y poniéndose en actitud de ir á bailar el cancán.) Y que levantan así el pie.....

ENRIQUE.

¡Eh, quieta! (¡La Antoñita y su alma!)

Va otra vez á dirigirse al foro, y Luisa le detiene.

LUISA.

Y también me llevarás á los sermones, y á las novenas, y á todas las funciones de iglesia que haya en Madrid.

ENRIQUE.

(¡Esta es más negra!) ¿Qué, también la Antoñita?.....

LUISA.

No; Antoñita no es aficionada á las cosas de iglesia, pero yo sí, porque decía sor Ignacia.....

ENRIQUE.

Ya me lo contarás. (Con enfado.) (¡Pues señor, entre la Ignacia y la Antoñita!.....)

Quiere retirarse de nuevo y Luisa le detiene también.

LUISA.

Y otra cosa que te quiero decir.

ENRIQUE.

Dos.

LUISA.

¿Y son bonitos?

ENRIQUE.

Muy preciosos.

LUISA.

¿Blancos ó negros?

ENRIQUE.

Colorados.

LUISA.

Pues á fuerza de lamentos y súplicas, logramos que se dejase para hoy el encierro; y hoy, en cuanto nos levantemos, recordando Antoñita que aquel libro decía: «Mujeres, también tenéis derechos vosotras!» ¡También es para vosotras el mundo!» y con el fin de evitar la reclusión y la abstinencia, determinó tomar las de Villadiego con su criada; porque hay de saber que en casa de Antoñita nadie hace más que lo que ella quiere. Animada con el ejemplo, resolví yo escaparme también; y aprovechando el primer descuido, echamos á correr, nos metimos en el coche de señoras del tren que iba á salir, y.....

ENRIQUE.

¡Y aquí estamos todas!

LUISA.

Eso sí.

ENRIQUE.

En fin, yo tenía ya decidido sacarte del colegio.

LUISA.

Pues te ha ahorrado el trabajo de irme á buscar.

ENRIQUE.

¿No traes ropa?

LUISA.

¿Qué he de traer? La puesta.

ENRIQUE.

Habrá que hacer algo en seguida.

LUISA.

¡Eso! (Con alegría.) ¡Me has de poner muy elegante! ¡Antoñita dice que en Madrid hay un lujo!..... Lo primero que me has de comprar es un traje corto, muy corto.

ENRIQUE.

Bien.

LUISA.

Y un polisón muy abultado, muy abultado.

ENRIQUE.

Bien.

LUISA.

Y unas botas con tacón de á palmo; ¡lo menos! ¡Antoñita volvió ayer al colegio con unas!..... Parecía que iba en zancos. Mira. Así.

Remedando el modo de andar con botas de tacón muy alto.

ENRIQUE.

(¡Dígole á usted que la Antoñita!.....) Ahora voy á mandar que te arreglen una habitación. Se te pondrá una cama.....

Dirigiéndose al foro.

LUISA.

Dorada.

ENRIQUE.

Un tocador.....

LUISA.

De palo santo.

ENRIQUE.

Una silletita.....

p.º 20.